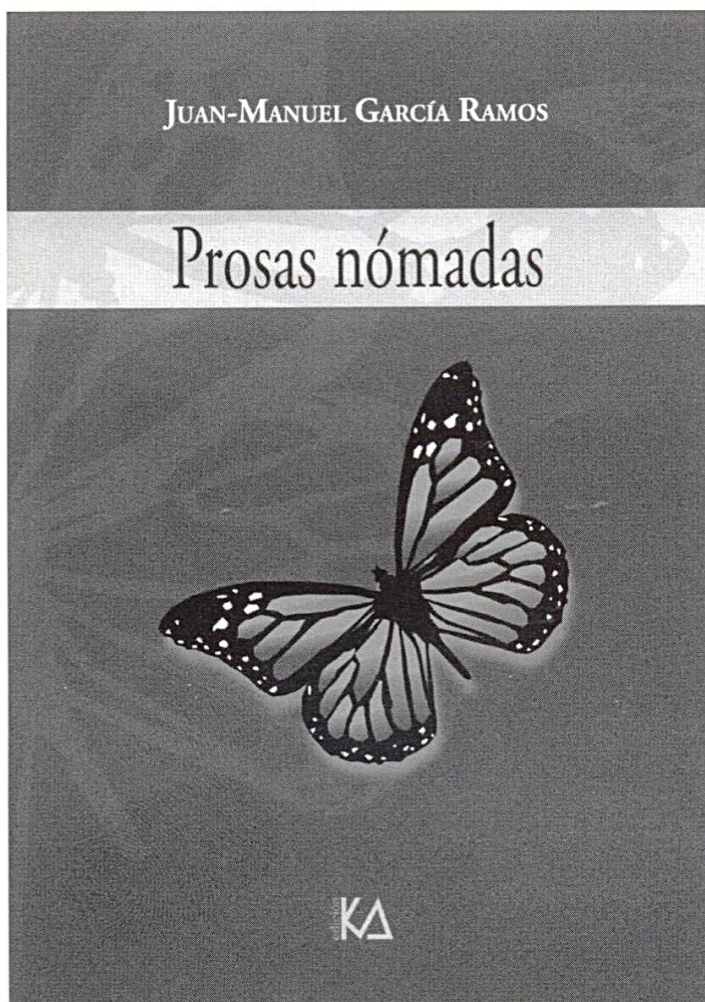


EN TORNO AL ENSAYO PERIODÍSTICO

RESEÑA

JUAN JOSÉ DELGADO



PROSAS NÓMADAS.
JUAN-MANUEL GARCÍA RAMOS.
EDICIÓN KA, 2004.

Antes de llegar a libro, el que reseño fue una serie de artículos que, desde 1998, se fueron publicando semanalmente en los periódicos *Diario de Avisos* y *Canarias 7*. Precisamente, en el año referido, se edita *Prosas Atlánticas*, compendio de textos que enlazan con éste de *Prosas nómadas*.

Estas prosas pertenecen al género del ensayo periodístico. Su no larga exposición; su designio de texto divulgador y comunicativo; la forma de elaborar ideas sin agotarlas; la recurrencia de un tema tratado en distintos momentos y desde diversas perspectivas; su naturaleza intuitiva e imaginativa pero que no rehuye la erudición; su composición sinuosa, de texto sugerente, pero con una



incesante persecución que aproxime a lo definitorio: todos éstos y otros rasgos nos sitúan –como dijimos– ante un ensayo periodístico.

Como todo ensayo tiene mucho de confesional; interesa el punto de vista del autor, su tono, su estilo; en definitiva, que importa mucho la llevadera forma de componer los asuntos que elige. Esta modalidad ensayística siempre pone en juego y por delante unos temas de acentuada actualidad, sí; pero a los que tratará oblicuamente.

Ello obliga al lector...; obliga a que el lector deba tomar lo escrito, digerirlo e interpretar su sentido y comprometerse –o no– con él. Todo ensayo elabora un mensaje. Y en todos se ofrecen unas conclusiones, bien vengan por vías explícitas o se oculten entre los renglones de la escritura. Pero en cualquier caso, Juan-Manuel García Ramos insta a sus lectores a que pongan el definitivo sello de lo que el texto signifique.

Este libro propone un título: *Prosas nómadas*; bien titulado está, pues, en efecto, sus páginas trazan una escritura de recorrido libre, insinúan un pensamiento suelto que se afana por librar diversas ideas, sentimientos, memorias y cosas. Evidente es la vocación de recorrer distintos territorios, a sabiendas de que las ideas no tienen patria y que las suyas se asentarán allí donde el fuego se enciende por unas horas, y cuyas huellas declaran el recorrido de un viaje por espacios y por días. Es el fuego del nómada, que no se atiene a otro orden que el que le dicta la experiencia, ni a otro propósito que el de alcanzar un destino.

El tiempo de una semana puede albergar incalculables hechos previsibles y también otros desconcertantes. Están sucediendo continuamente y pasando. Pero siempre llega el momento en el que el autor ha de elegir un asunto entre mil; un tema que, si en principio no, él deberá necesariamente darle vida al calor de su escritura.

Pero antes, antes el autor tiene que volverse *El hombre de la multitud*. Habrán reparado que se ha recurrido al título de un relato de E. A. Poe. Aquél en el que el protagonista pasa horas sentado ante la mesa de un café y mira cómo más allá de los cristales del ventanal, la multitud pasa por la calle. Es un testigo que repara en lo que transcurre delante de sí, un

voyeur de la vida que hace observaciones sobre los transeúntes de afuera. Observa, al principio, su carácter abstracto y general, de mera masa con forma amalgamada y común. Con el paso del tiempo, sin embargo, el observador comienza a fijarse en los detalles, en los vestidos, en los gestos, en los aspectos. Llega después la noche, y en ella localiza el rostro de un anciano que despierta su interés a causa de la idiosincrasia de su expresión, o por el secreto que se oculta entre aquella vida de muchedumbre. El observador se levanta, lo sigue, lo persigue sin descanso. No entiende el por qué de ese caminar que no tiene término ni conduce a sitio alguno. Por fin lo comprende: el hombre de la multitud no quiere estar solo. Hay algo que, de tan evidente, no lo ha explicitado Poe, y que quisiera entresacar de ese relato enigmático: ha ocurrido algo que no sólo afecta al perseguido; el perseguidor también se ha vuelto parte de esa multitud. De la mirada ha pasado a la acción, y de la acción a la pesquisa reflexiva; además ha debido saltar al espacio común y involucrarse en su atmósfera con el fin de descubrir el secreto y, así, consumar su propósito.

Prosas nómadas sugiere un análogo recorrido de su autor por la muchedumbrosa actualidad. Elige una referencia, una situación, una idea que ha venido hasta él y que destaca sobre otras muchas. Juan-Manuel García Ramos la elige. Entonces se pone en movimiento y va tras ella. Parece como si fuera a la zaga de otras huellas que su entendimiento le va señalando; pero en ese recorrido va dejando impresas huellas propias para hacer, con todas, el solar de su discurso. Escribir, como viajar, dijo Aldoux Huxley, es “acompañar tus pasos a los de otros”. Hay una danza por tanto, un movimiento de pasos acompasados a otros pasos, y todos ellos orientándose, ahora sí, hacia un destino común.

El carácter polifacético de Juan-Manuel García Ramos, profesor universitario, político, periodista, lector, escritor, todas esas vertientes se encierran en el consabido binomio donde el arte y la vida se insertan. Atiende al mundo que nos ha tocado escribir, y al mundo donde nos ha tocado vivir. Aunque en el fondo –intuimos– no son dos polos sino las oscilaciones pendulares de un mismo hilo, mirado y movido por la conciencia del autor que ha conseguido situarse en un punto de equidistancia.



JUAN JOSE DELGADO

Juan-Manuel García Ramos manifiesta: “Escribo para no olvidarme de lo que he leído”. Y él sabe que no es sólo cuestión de memoria o de olvido lo que aquí se dirime. Se declara escritor y lector, dos acciones individuales y de apartamiento, y que, sin embargo, paradójicamente, son las que le permiten aproximarse a los demás; esto es, a volverse más prójimo con los prójimos. La lectura y la escritura le concede una más justa conciencia y un más ajustado sentimiento de identidad. Porque la identidad es un imperativo, una necesidad de conocerse a sí mismo y de hacerse con un lugar de encuentro y de convivencia. Cualquier cosa que se afirme en el contexto de la literatura, ya sea como escritor o como lector, queda ligada a unos valores éticos y estéticos que remiten al mundo de la vida. Es un mundo que acaba compartiéndose, mundo propiedad de todos y, por tanto, reconocible por todos. Es un mundo de perspectivas y de horizontes en abierto y en continuo viajar.

El viaje del nómada. Nomadismo es mudanza y, para el caso, es transporte de ideas; ligeras de equipaje; ideas fruto, fruto de una selección gracias a la cual se repara en ciertos asuntos y en cientos de situaciones; de menudas o complejas ideas, que por la gracia de la palabra serán, por unos momentos y en el limitado espacio de una columna periodística, la expresión y el perfil de un mundo nuevo que solicita hospitalidad en nuestra conciencia y en este mundo diario y nuestro.

El desarraigo del ser humano en nuestro tiempo, la mirada cada vez más distante de las cosas que afectan a lo humano, el cada vez más organizado universo tecnológico, hacen válida la expresión nietzscheana de “el desierto crece”. Pero si así fuera, todavía se cuenta con gente que sabe hacer travesías por esas rutas de arena y con la escritura como maná providencial. Es una incursión hacia y por el ansiado espacio del humanismo; hacia ese lugar donde el lenguaje es cuna, camino y experiencia de vida. Es el humanismo que no nace entre las sesudas páginas de una filosofía de libro, sino, fundamentalmente, desde una actitud que quiere ganar una posición; una posición que ha de ganarse intelectual, ética, estética y afectivamente. Una conciencia humanista se halla capacitada para

responder sobre cuestiones y conflictos actuales que la cercan y ensombrecen. Hay situaciones problemáticas que envuelven y vuelven problemático al ser humano que las percibe. Hay cuantiosas incertidumbres que se presentan de forma contundente contra una razonable idea de vida. El humanismo proporciona una respuesta libre, razonable e imaginativa a tantos desconciertos. El universo ensayístico de *Prosas nómadas* evidencia esa porfía humanística.

Si el discurso posmoderno ha instalado semillas de escepticismo en nuestro tiempo, es que ha llegado ya la hora de poner una inyección de “homilía civil” –tal es la expresión de García Ramos–; es conveniente proporcionar ya el suero que vuelva a normalizar las constantes vitales al cuerpo social enfermo. La crisis es una realidad, una situación siempre drástica que debe vivirse en permanente estado de vigilia. La literatura es un antídoto contra la idea fatalista del determinismo histórico o contra la tentación de aceptar, mal que bien, los anuncios del final de la historia y el de la debilidad del pensamiento. La literatura amplía los sentidos de la vida. Gracias al mundo de las letras los meros hechos pueden perder su imperio ante el dominio de una escritura que quiere imponer un sentido nuevo a tantas acciones repetidas y sin sentido; la creación literaria da créditos suficientes para repensar que la vida merece ser vivida, y que somos no sólo sus agentes sino también sus intérpretes; y que precisamente por eso podemos encaminar el existir hacia donde se prolongan los justos y saludables deseos.

Hemos percibido que Juan Manuel-García Ramos procede a conformar toda la sustancia esbozada en este comentario mediante unos procedimientos formales y de composición que permiten captar, con efectividad, el espíritu que habita en el libro. Sus artículos discurren de acuerdo con dos tipos de configuraciones.

En unos casos, el título proporciona el tema, y luego le encarga al primer párrafo que sea el que comience a desarrollarlo y a dotarlo de sustancia. Después llega el momento del análisis. El autor ha de someter ahí un raudal de ideas, todo un ramal de ideas que, al calor de las experiencias vitales y literarias, va controlando y poniendo a punto. La literatura es

un vivero de vivencias. Y en ella echa el autor su red o hace su tela. Y espera; espera, por ejemplo, a que le vengan imágenes a la memoria: el autor las vivificará. O espera que reaparezcan escritores y sus libros: el autor, hermanado en la universalidad, sabrá concederles rango personal. Entiéndase que no son meras lecturas con propósito de erudito, sino referencias útiles que se remozan, actualizan y consueñan en el presente. Se va logrando una memoria universal (–paradoja de paradojas–), memoria universal que es hija de memorias particulares. Son lecturas fecundantes, lecturas circulantes que sostienen un movimiento continuo, en dirección y sentido hacia el espacio civil de todos. Por otra parte, y en otros casos, el autor coloca parigual distintos párrafos; cada uno de esos párrafos se desarrollan bajo el régimen del título que encabeza el ensayo. Y se espera y se confía que la palabra vaya liberando ideas, aunque quien desata las palabras es consciente y conocedor de que se expone a nadar sobre la desmesurada e imprevisible corriente que ha liberado. En cualquier caso, el autor recurre a estos dos procedimientos distintos para conseguir análoga eficacia expresiva.

Los sucesivos ensayos de las columnas periodísticas se han configurado como los capítulos correspondientes de *Prosas nómadas*. Edición Ka entendió la conveniencia de transferirlos a un libro. Hay razones pertinentes para promover esta mudanza. Porque el lector, cuando se encuentra en el canal del periódico, conoce y siente el valor momentáneo de la columna. Se halla entre hojas que están ahí para realizar “una lectura para un momento”; la asimilación es, generalmente, rápida, circunstancial y por ello, en bastantes ocasiones, acrítica. El libro, sin embargo, convierte las diversas parte en un conjunto; es un fenómeno diferente; reúne diferentes espacios y tiempos que reclaman su propio universo, una misma atmósfera que, a partir del libro, se vuelve espacio total y –ahora sí– crítico.